



Muchos deben preguntarse: ¿qué gana **Cristina Kirchner** (que no Argentina) al retar al Gobierno español con la nacionalización del 51% de YPF? La respuesta es que bastantes cosas, entre las que destacan tres: popularidad, recursos y la recuperación de la centralidad política.

La ganancia en popularidad es obvia, ya que es un gesto que apela al orgullo nacional-popular, la esencia del peronismo. Renacionalizar YPF representa para muchos argentinos la «recuperación» de una empresa que gestionó los recursos naturales fósiles del país durante casi un siglo y que, en su momento, representó el desarrollo y el progreso de provincias periféricas. Además, para el imaginario social el control de Repsol sobre YPF supuso el inicio de una dinámica de hiperdesempleo (con la expulsión de 150.000 trabajadores)

Análisis

Salvador Martí Puig

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA Y MIEMBRO DEL CIDOB



Las razones de Cristina K

Con la nacionalización de YPF, la presidenta argentina gana popularidad y recursos y recupera la centralidad política

y de abandono estatal de grandes territorios que, hasta la fecha, habían vivido de la economía petrolera. En ese sentido, el gesto de **Kirchner** se interpreta –por parte de un sector de la población– como un desquite frente al arrogante capital gallego que llegó con afán monopolístico a principios de los 90.

La ganancia de recursos es más obvia aún. La nacionalización de YPF coincide no solo con el descubrimiento de nuevos y suculentos yacimientos (Vaca Muerta, en Neuquén),

sino con el inicio de un ciclo recesivo en la economía argentina. Hace pocos meses, a raíz de la falta de fondos públicos, la presidenta tuvo que anunciar medidas tan impopulares para su clientela como la reducción de los programas de transferencias condicionadas y una reforma laboral. Con la recuperación de YPF, el Gobierno obtiene una nueva inyección de dinero con la que poder mantener sus políticas sociales (y las lealtades consiguientes) durante lo que le queda de mandato.

Y sobre la recuperación de la centralidad política, cabe tener en cuenta que **Kirchner** se crece en las batallas y que en ellas es implacable. Lo demostró cuando se enfrentó a la prensa y a los productores agropecuarios y, tras un agrio conflicto, arrasó en las elecciones presidenciales.

Cuestión distinta es que dicha decisión sea óptima para una economía dependiente de la exportación

de materias primas (como son la carne o la soja), ya que la violación de compromisos internacionales contraídos (como ha sido en este caso el acuerdo para la protección recíproca de inversiones entre España y Argentina, del 3 de octubre de 1991) puede suponer la imposición de sanciones que van a afectar directamente a los grandes grupos económicos del país e implicarán una importante pérdida de mercados y un deterioro de la balanza comercial. Pero esos grupos han sido adversarios políticos de los **Kirchner**, así que poco le puede doler a la presidenta el debilitamiento de sus enemigos. Además, si a medio plazo la gestión pública de YPF es un fiasco, siempre queda la opción de que el próximo Gobierno vuelva a privatizar la empresa, a Petrobras o a la Corporación Nacional de Petróleos de China. Eso sí: esas dos compañías seguro que pedirán muchas más garantías de las que pidió Repsol. ■